

ÍNDICE

Libro I. El reino de Galicia

El reino de Galicia	11
Ruta LXXX. De Lugo a La Coruña y El Ferrol	27
Ruta LXXXI. De El Ferrol a Mondoñedo	47
Ruta LXXXII. De La Coruña a Santiago	51
Ruta LXXXIII. De Lugo a Santiago	53
Ruta LXXXIV. De Lugo a Santiago por Sobrado	55
Ruta LXXXV. De Santiago al cabo Finisterre	107
Ruta LXXXVI. De Santiago a Lugo por Pontevedra	113
Ruta LXXXVII. De Orense a Santiago	131
Ruta LXXXVIII. De Orense a Lugo	133
Ruta LXXXIX. De Lugo a Oviedo por la costa	135
Ruta XC. De Lugo a Oviedo	145
Ruta XCI. De Cangas de Tineo a Villafranca	149
Ruta XCII. De Cangas de Tineo a León	153

Libro II. Asturias

Asturias	157
Ruta XCIII. De Oviedo a Santander	187
Ruta XCIV. De Oviedo a Santander	207
Ruta XCV. De Oviedo a León	215
Ruta XCVI. De Oviedo a León	219

Libro I

EL REINO DE GALICIA

El tiempo más apropiado para visitar Galicia es durante los meses calurosos. Los lugares más dignos de ver son Santiago y el paisaje montañoso y la zona pesquera, sobre todo la descrita en las rutas LXXXIII, XC, XCI y XCII. El aficionado a la pesca podría pasar aquí tres meses con gusto y provecho, tomando la siguiente ruta, que no es muy frecuentada: Vigo, Orense, Puente San Domingo Flórez, Cabrera alta y baja, Lago de Castanedo, La Bañeza, Ponferrada, Villafranca y, finalmente, cruzando las montañas por la ruta CXI hasta Cangas de Tineo, Grado y Oviedo.

El reino de Galicia (los españoles escriben su nombre con una sola *ele*, aunque usan la *elle* para nombrar a sus habitantes, los gallegos), está situado en la esquina noroeste de la Península, y limitado por Portugal, el golfo de Vizcaya, las Asturias y León. Su extensión es de quince mil leguas cuadradas y su población de un millón y medio. El principal río es el Miño, llamado *Minius* por los antiguos debido al color del cinabrio que se encuentra cerca de allí. Sus fuentes están cerca de Mondoñedo, y fluye hacia el sur, hasta Orense y Tuy formando la frontera a este lado de Portugal. La pesca, tanto en él como en sus afluentes, es admirable, sobre todo por lo que se refiere al salmón, la trucha, el sábalo y la

lamprea; estas últimas, por cierto, solían ser exportadas en la Antigüedad para los epicúreos de Roma. En 1791 se concibió un plan para hacer navegable el Miño, pero la cosa nunca se llevó a cabo, aunque se encargó a Eustaquio Giannini escribir una memoria.

El clima de Galicia es templado y lluvioso, y su terreno muy montañoso. La barrera europea del Atlántico se extiende desde el cabo Finisterre hasta las estribaciones de los Pirineos, en las provincias vascas. Los montes son muy ricos en madera para construcción y también para la construcción naval, y la abundancia de castañas y bellotas da alimento a la gente y a los cerdos; el jamón y el bacón gallego rivalizan con los de Extremadura. Las praderas son verdes, y bien puede decirse que esta costa noroccidental de España se asemeja a la de Suiza, al menos en lo que a sus pastos se refiere: en ellos podría criarse cualquier cantidad de ganado, por grande que fuese; y no cabe duda de que el funcionamiento de nuestra nueva tarifa dará gran ímpetu a la cría de ganado, que podría luego exportarse desde Vigo y La Coruña. Las colinas pobladas de árboles están llenas de jabalíes y lobos, que bajan a la llanura, y muy irrigadas por ríos cuyas agradables riberas tienen cierto aspecto inglés:

Nunc frondent silvae, nunc formosissimus annus.

Los productos naturales de los lugares más altos son, sobre todo, maíz, centeno y lino, además de la fruta que suele crecer en nuestro condado de Devonshire, o sea, manzanas, peras, nueces y avellanas, y las llamadas bayas, que son raras en las partes más cálidas de España; las patatas son también excelentes, por más que todavía no

se usen como artículo alimenticio corriente, sino, más bien, como añadido culinario en la mesa de la gente rica. Como la raya montañosa oriental está cubierta durante casi todo el año por la nieve, especialmente el pico de Ancares y la peña Trevinca, mientras las costas marinas y las fluviales de los valles disfrutan de una latitud de 42° y apenas si conocen el invierno, la variedad botánica es muy amplia e interesante, y todavía no ha sido debidamente estudiada. Los valles más cálidos y bajos del Miño, y la comarca circundante a Tuy, o sea, Redondela y Orense, son perfectos vergeles de abundancia y deleite. Aquí la naturaleza conserva toda su “riqueza” y sigue siendo “sonriente entre flores”, como en los dichosos días de la Antigüedad (Silio Itálico, III, 345; Claudiano, *Lau Ser.*, 71). El contraste entre la ignorancia atrasada y la pobreza de los campesinos es lastimosamente impresionante; aquí languidecen el arte, la ciencia y la literatura, mientras, por el contrario, la aceituna y la naranja florecen y se producen pingües vinos, de los que los mejores son los de Valdeorras, Amandi, Rivero y el Tostado de Orense, los cuales, por cierto, rivalizarían con los de Portugal si se pusiera el menor esfuerzo en su elaboración; pero lo que pasa es que aquí, en la costa oriental, todo se hace de la manera más tosca y desperdiciadora. Galicia es al noroeste de España lo que Murcia al sudeste, o sea, su Beocia, y, para la mayor parte de los españoles, casi desconocida, ya que son pocos los que van a visitarla. Los españoles se hacen su idea de los gallegos por los que llegan de allí, emigrando, como los suizos, de sus montañas a las llanuras; así, por ejemplo, el distrito de La Coruña aprovisiona a las dos Castillas, mientras Pontevedra y Orense hacen lo

propio con Portugal. En general, los gallegos salen de su tierra por cuatro o cinco años, al cabo de los cuales hacen una visita al hogar abandonado, y enseguida vuelven a abandonarlo: otros hay que únicamente emigran durante la temporada de la cosecha, volviendo a casa, como los irlandeses, con el producto de sus duras labores. Los que se asientan en Madrid se hacen reposteros y encargados de casas de familia, donde, por campesino que sea su aspecto, son lo suficientemente astutos para aprender en las cocinas los secretos de la familia propietaria de ellas; de la misma manera que los esclavos nubios se conducen en las casas de los árabes ricos de El Cairo, y, a semejanza de estos, esos gallegos se mantienen siempre juntos y conchabándose en todo. Muchos, pues son tan ahorrativos como sus vecinos los asturianos, acaban acopiando gran cantidad de dinero, con el que vuelven a su tierra y pasan el resto de sus vidas en sus amadas y nunca olvidadas montañas. Los emigrantes más modestos, y bien dotados que están de músculos, trabajan como mozos de carga en España y Portugal; de aquí que el apodo de gallego sea sinónimo de campesino o patán, ganapán, o sea, lo mismo que “leñero y aguador”, como dice la Biblia de los que están agobiados de trabajo. Lisboa está llena de gallegos, ya que Portugal se encuentra más cerca de su tierra, y hay más afinidad entre el idioma portugués y el suyo que entre este y el castellano. Los portugueses, que no tienen cariño a sus vecinos, afirman modestamente que Dios hizo primero a los hombres, es decir: a los portugueses, *viros* o “caballeros”, y luego a los gallegos, o sea, *homines* o esclavos, cuya misión es servirles. Estos negros de piel blanca llevan con frecuencia zapatos de

madera o madreñas, las cuales, según el porteador de Goldsmith, hablando de los *sabots* franceses, son una prueba más de que solamente valen para bestias de carga. La buena tierra escasea en Galicia por ser gran parte de esa comarca montañosa y accidentada, y poco propia para la agricultura, mientras otras extensiones de tierra, o dehesas (llamadas aquí gándaras por causa de su infertilidad), están abandonadas y se entregan a los brezos y a las hierbas aromáticas: a consecuencia de esto, hay una lucha a brazo partido por la tierra en los valles y los lugares de buena tierra; y aquí, como en Irlanda, el campesino que tiene que pagar rentas excesivas se ve obligado a trabajar día y noche, comiendo apenas un poco de pan de la más ínfima calidad, hecho con harina de maíz o de mijo, pan de centeno, de borona, porque el trigo es escaso. Las cabañas y casuchas están llenas de suciedad, humo y humedad, y son verdaderas arcas de Noé, como dice Góngora, a juzgar por el apretujamiento de diversas bestias en su interior, donde una misma habitación hace de cuarto de los niños, establo, cocina, pocilga, “sala y todo lo demás”; pero no hay diluvio, natural o artificial, que moje jamás esas arcas de Noé: las ventas de las colinas y de los lugares alejados no son mejores; conviene llevar provisiones viajando por estas tierras, porque en esas guaridas, incluso lobos hambrientos, que nunca fueron exigentes en cuestión de comer, se encontrarían a desgana, de modo que tanto más cristianos decentes; los hogares con frecuencia carecen de chimenea que eche de allí el humo, y la madera húmeda, que no prende, exhala en cambio abundante humo. Esto es tan incómodo para los órganos visuales como la perspectiva de no poder disfrutar de un buen

asado lo es para los órganos digestivos, por satisfactorio que todo este *lacrymoso non sine fumo* pueda parecerles a los lectores de Horacio. En las llanuras y en los valles más favorecidos, el alojamiento para los viajeros no es tan malo, pero lo cierto es que poca gente visita Galicia, como no sean los muleros, para cuyas necesidades parecen hechas a la medida todas esas incomodidades. No vale la pena añadir que donde la gente cena sin chimenea y duerme sin cama, las sabandijas, que en Egipto pasaban por ser una plaga, se consideran como ciudadanas de buena y habitual compañía.

Cuando los hombres gallegos emigran, las mujeres se ocupan de todas las tareas, por duras que sean, tanto de la casa como de los campos, y da pena verlas, trabajando con el arado, que no es realmente herramienta de mujer; tanto en el campo como fuera de él, sus manos nunca están ociosas, y la rueca es parte integrante de la vida de la gallega en la misma medida en que el abanico lo es de la andaluza. La comida, tan dura y áspera como su trabajo mismo, junto con la constante tarea al aire libre, en un clima poco agradable, marchitan de raíz su belleza; cierto es que pocas de ellas nacen bellas y que, ni siquiera en esos casos, conservan largo tiempo sus encantos; parecen ya viejas antes de cumplir los treinta años, y entonces dan la impresión de no haber sido jóvenes nunca, o siquiera de tener nada que ver con el género femenino; parecen momias o gatos hallados muertos de hambre detrás de una pared, objetos de pellejo y hueso y pelo; y los hombres son rudos y groseros, y muy raro es que respondan directamente a las preguntas; viéndoles en sus lamentables chozas apenas parecen mejores que sus antepasados, que apenas si eran

mejores que bestias, pues, según Justino (XLIV, 2), “*Feris propiora quam hominibus ingenia gerunt*”, mientras Estrabón (III, 234) los define como peores incluso y *Θηρωδεστεροι*. Sin embargo, esas bestias se consideraban a sí mismos verdaderos leones, y de vez en cuando, a semejanza de nuestros escoceses de tierras altas, se enorgullecen de su cuna y de sus ilustres alcurnias: compárese el *Τα γνωριμα εθνη*, de Estrabón (III, 228) con los nobiliarios de Gándara, y de otros. Los gallegos se jactaban de tener al antiguo Teucer como fundador, el cual, según ellos, había llegado del Oriente para asentarse en esta remota provincia, de la misma manera que ahora hablan de Santiago, y en ambos casos sin la menor verosimilitud.

Estos antiguos caballeros también dejaban a sus damas el cuidado de todas las tareas, excepto las de la guerra, el latrocinio y la caza (Justino, XLIV, 3), y se deleitaban, como ahora, en las más salvajes danzas y rudas canciones o “aullidos”, según afirma Silio Itálico (III, 346), cosa que todavía hoy en día es igual de dañosa para oídos educados como el “chirrió”, el chillar, o como el crujir de las macizas ruedas de sus carromatos. Las mujeres cavaban y trabajaban los campos igual que ahora (Silio Itálico, III, 350), y su *travail* no era simplemente agrícola, pues, según dice Estrabón (III, 250), no tenían más que apartarse apenas de los surcos para que las llevasen a la *cama*, si cabe usar aquí tal palabra, reintegrándose luego a sus otras tareas justo como si no hubiesen hecho otra cosa que poner un huevo. Los hombres eran dignos de tales amazonas, y sus formas físicas parecen sacadas del mejor molde de la naturaleza, pues no les han afeminado las largas estancias en grandes urbes, ni les han encogido los trabajos

industriales, que reducen al hombre a simple “mano de obra”, hasta el punto de que su aprendizaje y sus maneras en general apenas han cambiado desde los tiempos más antiguos. Los varones son recios y apuestos animales, y constituyen buena materia prima de reclutamiento, y, si se les alimenta y se les manda como es debido, podrían llegar a ser óptimos soldados; a pesar de lo cual, tal era el talante de sus ineficientes jefes que los moros les consideraban los peores militares de España. “Pienso que en toda vuestra vida” escribía el Duque (parte del 10 de diciembre del año 1812) “jamás habréis visto nada tan malo como los gallegos; a pesar de que constituyen el conjunto humano más recio y son los hombres más activos que he visto en mi vida”. “No son más que una chusma lamentable, en la que no cabe tener la menor fe”, afirmaba el viejo milite Picton.

La lengua de los gallegos es una jerga áspera y ruda al oído; completamente ininteligible para los españoles; y, sin embargo, es, junto con el bable de los asturianos, la verdadera cuna del moderno idioma castellano. Si España hubiera sido un país de filólogos esta curiosa clave del origen de su idioma habría recibido la atención que merece, como también la habrían recibido algunos restos que se conservan de baladas y usos antiguos; para los forasteros, empero, este dialecto es tan duro de soportar como las ventas y las encrucijadas de Galicia. “*Cependant*”, como diría Laborde, “*les galliciens s’entendent entre eux*”.

Su carácter terco y pendenciero lleva mucho tiempo siendo blanco de los españoles, que lo critican y lo mofan, y piensan que es casi imposible tratar de mejorarles: “No se les puede negar a los gallegos más legos, que vale por mil gallegos el que llega a despuntar”, dice Francisco de

Salas. La falta de carreteras y de comunicaciones con otras provincias ha marginado a los gallegos a este *cul de sac*, rincón de rutina e ignorancia. La presencia del Apóstol en su ciudad pavimentada de estrellas, Compostela, no ha hecho nada por iluminar su provincia elegida, cuyos curas, prohibiendo los fuegos artificiales, parecen haber preservado celosamente en el más impenetrable oscurantismo.

Solamente hay una buena carretera, que va de Madrid a La Coruña, y en la cual, en 1842, Carsi y Ferrer crearon un servicio de diligencias que va de vez en cuando por Villanueva, Valladolid, Tordesillas, Benavente y Lugo. Se piensa desde hace mucho tiempo en acortar distancias entre Vigo y la capital, por Orense y El Bierzo; de esta forma se podrían ahorrar hasta cien millas, en lugar de tener que hacer, como ocurre ahora, una gran desviación. Esta idea, que sería muy beneficiosa para grandes trechos de la comarca, se ha visto frustrada hasta ahora por celos y envidias locales, que son la maldición de España, donde cada ciudad egoísta quiere monopolizar el tráfico sin cuidarse de los demás, y perjudicar cuanto pueda a su aborrecido vecino; en consecuencia, la mayor parte de las encrucijadas se parecen en Galicia a las de la serranía de Ronda, y menos mal que la comarca no está infestada de ladrones, pues son pocos los viajeros que la transitan, y los gallegos prefieren saquear las cocinas, no el Camino Real.

El viajero que llega aquí a caballo desde Andalucía encontrará probablemente (como nos ocurrió a nosotros) que su fiel penco cae enseguida enfermo en esta comarca debido al cambio de forraje, pues en Galicia, en lugar de la oriental receta de “cebada y paja”, no encontrará

otra cosa que heno y avena, y recuérdese que la avena tiene mucho menos valor nutritivo y mucha más cáscara. Recuérdese también que el caballo semental está en perpetuo estado de nerviosismo en esta tierra por causa de las yeguas de poni que usan los campesinos gallegos para cabalgar; y, como los tábanos son muy molestos, será sumamente conveniente que use una red para su caballo. Y téngase en cuenta igualmente que los caminos son muy pedregosos, de modo que los caballos desgastan enseguida sus herraduras y será necesario ponérselas nuevas, cosa nada fácil en estas tierras, excepto en las ciudades; los herradores gallegos raras veces disponen de herraduras de repuesto de tamaño corriente, para las que aquí hay poca demanda, pues el caballo normal en Galicia es el poni. Lo mejor será, por consiguiente, llevar consigo clavos y un juego de herraduras de repuesto apropiadas para el caballo de cada uno. *Hombre prevenido nunca fue vencido*; como dice el pobre Richard: “*por falta de un clavo se perdió la herradura, y por falta de herradura se perdió el caballo*”.

Las antigüedades eclesiásticas de Galicia ocupan nada menos que nueve volúmenes de la *España Sagrada*, y son de lo más curioso: consúltese también *Viaje* de Morales; las obras de Felipe de Gándara, su *Nobiliario, armas y triunfos*, editado en cuarto en Madrid en 1662; la *Descripción métrica* del Licenciado Molina, en cuarto, Mondoñedo, 1551; *Descripción económica*, José Lucas Labrada, El Ferrol, 1804; *Ensayo sobre la historia de Galicia*, José Vereá y Aguiar; *Anales de el Reyno de Galicia*, F. X. M. de la Huerta y Vega, 2 vols., Santiago; *Descripción geognóstica de Galicia*, delgado y en octavo, Guillermo Schultz, Madrid, 1835. Este ligero tratado geológico tiene también un útil mapa litográfico del

reino de Galicia. Su autor es alemán, pues el gallego, como el oriental, prefiere dejar al extranjero la investigación de su propia historia natural. El *Viaje a Galicia por dos amigos*, Madrid, 1842, es una obra lamentable.

Lugo tiene una posada decente, que está en las afueras de la ciudad, por el camino de Astorga, en el barrio de San Roque. Lugo es la ciudad más central de Galicia, y está descrita en los volúmenes XL y XLI de la *España Sagrada*. También tiene su propia historia, escrita por Pallarés y Gayoso, en cuarto, Madrid, 1700. Lugo, *Lucus Augusti*, fue famosa en la época romana por sus cálidos baños sulfúricos; las aguas existen todavía, porque son obra de la naturaleza; pero las *thermae*, que son obra humana, han desaparecido: algunos restos de un dique para contener inundaciones dan testimonio de su antigua magnificencia. Los actuales e incómodos baños están situados en la ribera izquierda del río Miño, y la estación de los baños es desde el 15 de junio hasta el 30 de septiembre, cuando resultan benéficos para las dolencias cutáneas y reumáticas. Los pobres pagan dos cuartos por el permiso de chapuzarse en ellos, y allí se les ve, como marsopas, o *inmundae sues*, en las aguas hirvientes entre las losas sueltas. Muy cerca de allí están las fuentes minerales, que contienen nitro y antimonio. En la ciudad, en la calle de Batitales, se descubrió (septiembre de 1842) un pavimento romano de mosaico, con dibujos de animales, peces, etcétera. Lo más probable es que ahora esté re-enterrado o haya sido destruido.

Lugo tiene alrededor de siete mil almas. Es casi cuadrada, con las esquinas redondeadas; sus murallas se parecen a las de Astorga, y están defendidas por incontables torres

semicirculares que sobresalen a modo de baluartes, y que apenas son más altas que la circunvalación misma; sobre ellas se dispone de un amplio y agradable paseo que rodea toda la ciudad; y también hay hiedra, planta trepadora que es poco frecuente en las partes tórridas de España, a modo de manto de las ruinas. La parte más antigua, con su sólida obra romana de granito, se ve mejor desde cerca de la torre de Santiago. La plaza tiene una arcada con columnas que es necesaria en clima tan lluvioso; la fuente, que se nutre de un tosco acueducto extramuros, está tan mal dispuesta que las mujeres tienen que servirse de largos tubos de hojalata para sacar de ella agua con la que llenar sus cacharros. Esta agua, junto con el régimen de pan de centeno, es frecuente causa de gota, a la que hasta las mujeres están expuestas. El antiguo castillo no tiene apenas nada notable, como no sea su curiosa chimenea turriforme. Lugo, que en otros tiempos fue sede metropolitana, es ahora sufragánea de Santiago. Su sede es una de las más antiguas de la España reconquistada, habiendo sido fundada en el año 734 por Alonso el Católico. La catedral de granito fue construida en 1129 por don Ramón, esposo de la reina Urraca, y como en la de Astorga, las dos naves laterales son más bajas que la central. El exterior fue torpemente modernizado en 1769 por Julián Sánchez Bort: toda la fachada de granito y las estatuas que la adornan son algo pesadas; obsérvese en el plinto *La Fe mostrando la Hostia*. Las torres inacabadas están rematadas por horribles palomares de pizarra y un aparato para repicar campanas hecho de hierro, que, aunque muy corriente en los Países Bajos, es rarísimo en España. Los claustros también han sido modernizados, pero hay dos

puertas laterales que aún conservan parte de su prístino carácter; obsérvense los goznes de la del noroeste, y la imagen del Salvador sentado sobre la mística *Vesica Piscis*.

El interior tiene arcos bajos por ambos lados, con una galería encima, y abajo filas de confesionarios como garitas de centinelas, cada uno con el nombre de su tutelar especial. La silla del coro, muy bien tallada, es obra de Francisco de Moure, de Orense, 1624. El sitial del obispo lleva las armas de Alonso López de Gallo, que sufragó la obra. Esta catedral ostenta el privilegio de tener la Hostia consagrada, o sea, la deidad presente y encarnada, realmente allí y siempre expuesta, o manifestada. Este derecho inmemorial lo comparte únicamente con San Isidoro de León. En referencia a esta alta distinción, Galicia lleva la Hostia en su escudo y Lugo dos torres sostenidas sobre leones y la Hostia en una Custodia. Se dice que esto indica que Lugo, *Lukoh*, no fue jamás conquistada por los moros (lo cual no es cierto, dicho sea de paso, pues la conquistó Al-Mansur); y en las ciudades cristianas cautivas la Hostia está siempre escondida, o, mejor dicho, ensudariada, como signo de dolor. Según Molina, se dio en Lugo un caso de que una Hostia se transformase realmente una vez en carne en las manos de un cura escéptico, y fue conservada en el monasterio de Cebreiro. En otras iglesias españolas, la Hostia se guarda en un tabernáculo, excepto en las grandes ciudades que tienen el privilegio de las cuarenta horas, o sea, su exposición habitual en distintas iglesias durante este tiempo, y entonces los fieles que se arrodillen ante ella pueden obtener los mismos beneficios espirituales que si hicieran en realidad el peregrinaje a San Pedro del

Vaticano. Este espectáculo se introdujo por primera vez en la supersticiosa Valencia en el año 1697, tras haber sido introducido en Roma en 1592 por el Papa Clemente VIII. De esta forma, se volvió del revés la costumbre de la pura iglesia primitiva, que casi escondía los emblemas sacramentales a todos excepto a los iniciados. En Lugo, la Hostia encarnada se manifiesta siempre en un viril de cristal; un viril, obra de Juan de Arphe, fue presentado en 1636 por el obispo Castejón. La Hostia está siempre allí, rodeada de cirios encendidos, velas que ayuden a ver al creador de la luz. El altar mayor, encerrado en cristal, es moderno, cutre y teatral, sobre todo el óvalo pintado con esquinas de mármol blanco y alas doradas. El baldaquino está sostenido por pilares de mármol blanco y capiteles dorados; detrás, en una capilla moderna, circular, sobrecargada de ornamentos, se ve una imagen de la Virgen, la cual, rodeada de dorados y adornos, es el verdadero objeto de la adoración popular. Esta catedral, tan altamente privilegiada, se jacta también de poseer una *María de los ojos grandes*, la Juno, Βοωπις, de los paganos, y la frase “ojos de buey” es un cumplido muy corriente en España para aludir a mujeres mortales. A quienes les ocurra tener un dolor de cabeza en Lugo lo mejor será que se curen visitando la tumba de Froila, la madre de san Froilán, en la catedral. Véase la *España Sagrada*, xxxiv, 175. El hermano del santo está enterrado en el lado del evangelio del altar mayor.

Fue en Lugo donde Moore se detuvo unos pocos días, el 6 de junio de 1809; se había retirado con el más innecesario apresuramiento desde Villafranca en cuarenta y ocho horas, durante las cuales el frío y el hambre les

hicieron sufrir a él y a los suyos tremendamente, pero no hay descripción, dice lord Londonderry, que sea capaz de competir con la realidad. Toda la disciplina había desaparecido, excepto cuando el enemigo apareció ante ellos, pues entonces, como el águila hambrienta recobra de pronto su fuerza perdida al ver ante ella a su presa, nuestros soldados, despeados y hambrientos, recuperaron como por ensalmo el orden, la fuerza y la bayoneta; cuando quiera y dondequiera que los franceses osaran avanzar, allí estaban nuestros hombres dispuestos a hacerles batirse en retirada; y ahora, Foy, que fue testigo presencial, tiene la caradura de afirmar (olvidando los antiguos ejemplos similares de Agincourt y Cressy): *“on ne dira pas des anglais qu'ils étaient braves à telle rencontre, ils le sont étés toutes les fois qu'ils ont dormi, bu et mangé: leur courage, plus physique que moral, a besoin d'être soutenu par un traitemant substantiel. La gloire ne leur ferait pas oublier qu'ils ont faim, ou que leurs suliers sont usés”* (I, 230).

Soult acudió contra Moore en Lugo, y ordenó un ataque parcial a las órdenes de Lallemand, que fue vencido en toda la línea, perdiendo a cuatrocientos de sus hombres, y aunque los ingleses le ofrecieron batalla los días 7 y 8, él rehusó, y, en consecuencia, como antes le había ocurrido junto al Tormes en Zubiri, perdió una buena oportunidad, porque, si hubiera aceptado batalla, tal era el agotamiento de nuestras tropas y su falta de munición, que, con su superioridad numérica, habría vencido. Pero es el caso que pensó que Moore era mucho más fuerte de lo que realmente era, y, así, como tan frecuentemente en otros lugares, la tendencia francesa a exagerar el número de sus soldados se volvió contra él, con verdadera justicia poética,

viéndose engañados por sus propias mentiras. Bonaparte se dio cuenta, pero prefirió pasar por alto el error de su subordinado: en su parte número 28 afirmaba (*Oev.* v, 378) que Soult había capturado en Lugo a trescientos de nuestros heridos, más dieciocho cañones y setecientos prisioneros, añadiendo que los ingleses ya habían perdido dos mil quinientos caballos, o sea trescientos veinte más, exactamente, de los que Moore tenía al comienzo. La simple verdad es que Soult, con sus veinticuatro mil soldados, ni siquiera hostigó a la retaguardia inglesa, que estaba en retirada, el día 9, cuando todos se refugiaron en La Coruña. Cuatro cortos meses después, esta misma ciudad de Lugo contempló, el 29 de mayo de 1809, a este mismísimo Soult huyendo ante el Duque desde Oporto, pues sus tropas habían arrojado las armas y llegaban como lobos hambrientos, en un estado de primitiva desnudez.

Y fue entonces cuando él y Ney compitieron en el saqueo de la desdichada ciudad, que convirtieron en una verdadera plaza de armas, destruyendo con este objeto casi un tercio de ella, como se había hecho en Salamanca, y en la Alhambra, y en Valencia. Muchas de las casas han sido reconstruidas desde entonces, lo cual da a la vieja Lugo un carácter nuevo, y más raro incluso que la hiedra es en España, donde es mucho lo que se destruye, pero poco lo que se repara.

Lugo está en el centro de muchas comunicaciones secundarias y malas; para las del sur, por Astorga, véase la ruta LXVII; primero, por consiguiente, a La Coruña.